

## REFORMA SIGLO XXI

# A bayoneta calada

■ ■ Sergio Loredo Macías\*

*En memoria de Luis González de Alba*

**E**ran los primeros días después de mi jubilación; anduve caminando por los negocios de comidas, fruterías, hierberías del mercado Juárez. Me extrañó ver en algunos negocios estatuas de la Santa muerte, pensé a quien se le ocurriría, por qué no pensarían en hacer figuras de la Santa vida. Luego visité una discoteca que tenía en varios exhibidores casetes de artistas o grupos que casi no se oían: Juan Salazar, Chelo Silva, Rancheritos del Topo Chico y otros. Después de ese recorrido por más de dos horas un pensamiento me asaltó por un instante: Qué raro andar en estos lugares y por todo este tiempo y no he hablado con alguien, ¿no estaré muerto? Luego me ubiqué en la realidad al darme cuenta de que tenía hambre.

Salí del mercado y crucé la calle y me dirigí a un bar llamado Lontananza; reflexioné, no estaría mal tomarme unas dos cervezas marca Indio, mi favorita, allí ordenaría un cortadillo o volvería al mercado y me comería una orden de cabrito, porque hay un lugar donde lo venden rico y barato. Mientras pensaba lo anterior me acordé de un escritor de apellido Toscana, que había redactado un libro de cuentos inspirado en ese lugar.

Llegué al bar y al abrir la puerta me di cuenta de que estaba casi lleno. Una mesera de edad y gordura considerable me ofreció un lugar en una mesa que se había desocupado. Ella tal vez creía que iba a consumir una gran cantidad de bebidas embriagantes, sin saber que me mareo con beber una caguama y que un six de cervezas me dura hasta quince días en el refrigerador. La mesera me preguntó qué quería tomar, ordené y ella dijo en voz alta al cantinero: “Una Indio para otro igual”, seguramente pensó que al expresarse de esa manera tendría confianza conmigo.

Me tomé despacio la primera cerveza. Observé a la gente que estaba en el lugar. Muy pocas personas platicaban; la mayoría escuchaba las canciones que salían de una radiola, que la mesera generalmente marcaba, pues pedía a los clientes monedas para alimentar ese aparato donde salían distintas melodías.

Me tocó mi turno para cooperar para la música, ella eligió “Cheque en blanco”, luego “Hipócrita”, después “Como un perro”. Esta última casi me la sabía, reflexioné sobre el contenido de la canción: *No por Dios, no te me vayas, te lo ruego/ que la vida como un perro pasaré/ sin hablarte, sin llorar, sin un reproche*. Me vino a la mente otra melodía de Édith Piaf, la francesa a quien apodaban “Ruisseñor”, la letra de una canción que se titulaba “Ne me quitte pas”, que dice entre otras cosas: *Déjame convertirme en la sombra de tu sombra / la sombra de tu mano, la sombra de tu perro*. Comparé el parecido de las letras. Medité, si habría personas que aman de esa manera, hasta perder la dignidad. Así divagaba sobre el contenido de la música que salía de ese pasadiscos.

De pronto apareció a mi mesa un personaje muy singular. Vestía un abrigo color verde olivo, tenía el pelo completamente blanco, su cráneo con grandes espacios vacíos, sobre todo en la parte frontal; con un bigote abundante que le tapaba la boca, su piel era morena, casi de raza negra; su nariz era chata. Sus ojos de color café, secos como si se hubiera desvelado por varios días, calculé su edad, más de setenta años. Con voz amable me pidió si podía sentarse y compartir la mesa, ya que era el único lugar vacío en toda la cantina.

“Adelante”, le dije, con algo de desconfianza. “Abundio Serrano, para servirle”, dijo extendiendo su mano. “Pedro López”, le contesté. Al palpar con su saludo su piel áspera pensé que era un trabajador de la construcción. Se sentó y poco después apareció la mesera a quien le dijo: “Tráigame una Indio para no desentonar con el señor”. A los pocos minutos que le sirvieron y como una forma de romper el hielo dije: “Ya

\* Profesor jubilado de la Escuela Industrial y Preparatoria Técnica “Álvaro Obregón”. Ha publicado en medios locales y el libro *Lo mejor que me pasó*, VIVIR (EIAO & CDAH-UANL: 2019)

casi no hay lugares donde tomar tranquilamente una cerveza”. Él me contestó: “Tiene razón, para colmo esta cantina la redujeron, por eso casi no hay lugares; así que le reitero mi agradecimiento por compartir la mesa”.

Hablamos de varios temas, de las canciones que oíamos, de la comida que ahí preparaban, de cómo era esa cantina antes y así entre cerveza y cerveza, fuimos entrando en la plática de lo que nos dedicábamos en el presente, diciéndole que yo era maestro jubilado y él me manifestó que hacía diversos trabajos relacionados con la seguridad. “Es un trabajo peligroso”, le dije; “no para mí, pues fui soldado durante treinta años y viví el día que cambió la historia de nuestro país, el 2 de octubre de 1968”. Al decir la fecha, me llamó la atención, él tal vez lo notó y para despistar mi interés, pregunté: “¿Cómo se enlistó como soldado?”.

—Le contaré el porque me metí al ejército. Primero porque tenía un padre que por razones que no alcanzo a comprender era de una crueldad poco vista. Vivía en un pueblito que se llama San Francisco del Rincón, en Guanajuato. Mi madre tenía que apoyar en la economía de la casa vendiendo comida en los cientos de iglesias que hay en los alrededores de esa población. Esa actividad hacía pensar a mi padre en situaciones de celos. Con el tiempo se incrementaron esos celos enfermizos, sobre todo con respecto a mis hermanas. Un día que llegaron de trabajar golpeó a todas con un cinto grueso de piel, que tenía una hebilla. Cuando llegó el turno en que azotaría a mi madre, traté de defenderla. Pero su furia fue implacable golpeándome hasta que perdí el sentido. A los pocos días que me recuperé, lo primero que hice fue darme de alta como soldado.

—Allí en el ejército duré treinta años, en todo ese tiempo llegué nomás a sargento. La razón de mi poco progreso en el escalafón es que no me gustaba andar de lambiscón con mis superiores. Mis logros fueron por servir honradamente y con dignidad.

—¿Cuénteme cómo vivió aquel 2 de octubre? Con algo de impaciencia interrogué a aquel individuo, que tal vez me daría su versión de alguien que estuvo directamente en esa fecha memorable.

—Primero déjeme contarle como fueron los días previos. Yo pertenecía al escuadrón del mayor Sergio Alejandro Aguilar Lucero y varios días fuimos

a vigilar las manifestaciones. No puedo negarlo, las expresiones a veces me conmovían; sobre todo, cuando en coro manifestaban sus consignas. Había una que me llegaba: “¡Soldado escucha, tu hijo está en la lucha!”. Leía los carteles y las mantas; había ocasiones que recogía escritos y los analizaba en el cuartel.

—Creo que es importante decirle que creo que yo me sentía como apendejado por una serie de televisión, que veía en blanco y negro, que se llamaba Combate. Donde los héroes eran el sargento Sanders y un teniente cuyo nombre no me acuerdo. Al principio del programa se oían unos como clarines, luego unos balazos que se impactaban en un casco donde aparecía el nombre del programa y antes de éste una bayoneta. Luego el tema musical; en seguida se oía una voz en *off* diciendo: “Hoy presentamos...”.

El 1 de octubre nos reunieron los superiores por grupos de cien, recuerdo más o menos lo que nos dijeron: “Mañana a las señales, que luego les diremos, vamos a disolver la manifestación de ese día con la idea de darles una chinga a esos revoltosos; por fin llegó nuestra oportunidad de contestar lo que han dicho de nuestras instituciones y de nuestro supremo jefe el presidente Díaz Ordaz, que de chango no lo bajan. Otro grupo lleva la tarea de hacer prisioneros a todos los del comité de huelga. Ustedes tienen la misión de amedrentar, herir y si hay respuesta matar a todos esos greñudos y alborotadores; ¡adelante, la historia nos juzgará!”.

—Quisiera decirle que ese día, previo al 2 de octubre, tuve un sueño que me impresionó, que quiero contarle. Caminaba por varios lugares de la Ciudad de México arrastrando un ataúd gris. Pasé por el exterior del Palacio de Bellas Artes, estuve en la parte baja de la Torre Latinoamericana y recuerdo que en cierto ángulo vi la hora: 1:20 de la mañana. Me tomé un café en Sanborns y a un lado de la mesa coloqué la caja que, comensales y meseras veían con indiferencia. Dirigí mis pasos hacia el Zócalo, éste estaba vacío; puse el ataúd en el centro de esa plaza para descansar un rato. No había tristeza en mi rostro. Sólo una duda: ¿Quién iba dentro? Caminé a la calle, al bajar la banqueta la caja se me cayó abriéndose. Vi quien estaba dentro, era yo. Luego desperté. Le cuento ese sueño porque cientos de noches se me ha repetido.

—Antes de llegar a la Plaza de las Tres Culturas comimos abundantemente, sobre todo carne, y lo que me sorprendió fue que pusieron a nuestra disposición marihuana de la mejor. Todavía al avanzar nuestra patrulla por la ciudad se veía el humo que era distinto a los mofles de las unidades. Ya habíamos puesto las bayonetas ajustadas a los fusiles.

—Cuando estábamos en las patrullas esperando el momento, se oyeron balazos a lo lejos, ignorando quiénes disparaban. Dos helicópteros volaron en círculo en la plaza y de pronto, se vieron dos luces de bengala que iluminaron la tarde; una verde, después otra roja. Esa era la señal del ataque, que un día antes nos habían mencionado.

—Salimos de los camiones, luego nos desplazamos hacia los edificios previamente establecidos. Nuestras botas sonaban a paso uniforme. Mientras nos movíamos me imaginaba que oía las fanfarrias del programa de televisión, como si el sonido se oyera en todo el ambiente y una orquesta formada por cientos de músicos tocara desde las azoteas de aquellos grandes edificios; y coros de hombres y mujeres establecidos en la iglesia incitaran con sus voces poderosas el ataque.

—En la entrada de un edificio acorralé a un joven que se asustó al verme con el rifle con la bayoneta puesta. “¿Quién eres?”, le pregunté. Él se llevó las manos dentro de su chamarra. Pensé que iba a sacar un arma y sin pensarlo empujé la bayoneta en su esternón. Me sorprendió la facilidad con que la bayoneta se deslizó en su pecho. Él hizo un ruido seco, profundo que casi no oí. Vi en su mano una credencial de una central obrera, que lo acreditaba como bolero. Obvio que lo que iba a sacar era su identificación y no una pistola; me arrepentí de mi reacción. Para tratar de evitar mis remordimientos, seguí caminando, dejando mal herido aquel joven cuyas vísceras sostenía con sus manos.

—Noté que había una lluvia de balas que procedía del techo del edificio que me habían encomendado. En los pasillos de los departamentos alcancé a ver unos tipos con corte de pelo militar y con un guante blanco, quienes disparaban a la multitud, me di cuenta de lo mal organizados que

estaban pues apenas veían aproximarse a uno de nosotros dejaban de disparar o se entregaban. Días después supimos que eran un comando que mandaron sin avisar al ejército; luego supimos que eran los del Batallón Olimpia. Pero en ese momento hubo caos; cuando tomamos los edificios ellos fueron los primeros en rendirse.

—Para checar nos dividimos los departamentos otros soldados y yo. Me tocó entre otros el 308; toqué la puerta con la culata de mi fusil. Acudió una asustada adolescente con uniforme de sirvienta. “¿Qué se le ofrece?”, con temor me dijo. “¡Voy a revisar el departamento!”, le dije gritando. “¿No esconden estudiantes en las recámaras?”, pregunté. “Pase usted mismo para que se dé cuenta”, me dijo, casi temblando. Abrí uno de los dos cuartos, chequé en los armarios, no había gente. Al abrir el otro cuarto vi apilados como treinta jóvenes hombres y mujeres que estaban arriba y abajo de la cama, y al revisar el pequeño closet encontré amontonados otros tantos estudiantes, en sus rostros había miedo y llanto silencioso. Hice lo que hoy no comprendo y que recordaré mientras viva. Di unos pasos para salir de aquella habitación, con fuerza cerré la puerta y grité: “Aquí no hay gente”, y avanzamos hacia otros departamentos y hacia otros pisos.

—Lo que realicé después fue juntar jóvenes que habían encontrado los otros soldados. Los concentramos en las plantas bajas de los edificios, les ordenamos quitarse la ropa dejándoles en puros calzones. Luego los condujimos hacia las patrullas y camiones para llevarlos al campo militar.

Al terminar la anterior descripción Abundio Serrano se puso a llorar, de mi parte ya no hablé y finalmente me dijo: “Seré juzgado cuando muera, no falta mucho; creo que existe el infierno, allí me voy a ir, sé que compré boleto para que el cancerbero me lleve en su barca a pagar mis culpas. Allá voy pinche demonio”.

Ya no pudo hablar más Abundio Serrano, quería expresarse, pero no articulaba palabras, abría la boca, pero decía letras solas. Sacó dinero de lo que creía era su cuenta y lo puso en la mesa, y salió de la cantina. No lo he vuelto a ver.